

JOSÉ ANTONIO
MARINA

TRATADO DE
FILOSOFÍA
ZOOM

Ariel

José Antonio Marina

TRATADO
DE
FILOSOFÍA ZOOM

Ariel

1.ª edición: noviembre de 2016

© 2016, Fundación Educativa Universidad de Padres
© 2016, de las ilustraciones, Marcus Carus

Derechos exclusivos de edición en español:
© 2016, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2455-5
Depósito legal: B. 21.282 - 2016

Impreso en España por BlackPrint

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAPÍTULO 1

Introducción a una filosofía ultramoderna

Trabajando sobre los datos inmediatos de la realidad, nuestra conciencia elabora el universo en el que vivimos realmente.

ALDOUS HUXLEY, *Las puertas de la percepción*

1. EL ZOOM COMO MÉTODO

QUEDAMOS, PUES, EN QUE ESTE ES UN LIBRO DE FILOSOFÍA ULTRAMODERNA. Un intento de averiguar si el ingenio puede dedicarse a buscar con gracia la verdad, o si el trato con la verdad ha de ser siempre severo y solemne. Dicen que Bernard Shaw comentó: «No he leído *La doncella de Orleans* de Schiller, pero por el tono con que hablan de ella sus admiradores, creo que nunca la leeré». Algo parecido suele pasar con la filosofía, reducida a una viejecita que cuenta sus viejas historias familiares. Hegel le asestó un golpe mortal cuando dijo que la filosofía, como el búho de Minerva, se despierta al atardecer y siempre llega tarde. No estoy de acuerdo. Necesitamos una filosofía madrugadora, de vuelo alto, y que vaya por delante.

He titulado este libro *Tratado de filosofía zoom* por-

que su método es pasar de las cosas pequeñas a las verdades sistemáticas, o, en dirección contraria, utilizar las herramientas conceptuales de un sistema para enfocar una realidad mínima. El ingenio nos ha enseñado que cualquier objeto minúsculo enlaza con lo infinito mediante el etcétera. A todos mis alumnos les he leído la «Oda a la alcachofa» de Pablo Neruda: «La alcachofa, ese tierno vegetal de dulce corazón, se vistió de guerrero». Lo hacía porque quería despertar en ellos la experiencia poética, y si la relacionaba con estar enamorados, a la orilla del mar, en primavera, y viendo ponerse el sol mientras una melodía romántica intensifica el poder del instante, tal vez no les llegara nunca tanta coincidencia. En cambio, si podían descubrir la fulguración poética en una alcachofa, en un tomate o en una olla, estaban salvados. Siempre me encantó la intuición poética de Teresa de Jesús, que encontraba a Dios entre sartenes y pucheros, sin creerse por ello Ferran Adrià. Xavier Zubiri rizó el rizo y dijo que si nuestra inteligencia fuera suficientemente poderosa podría descubrir en un grano de arena el misterio de la Santísima Trinidad, lo que es sin duda el colmo de la microscopía teológica. Lo cierto es que puede haber una filosofía ascendente y una filosofía descendente, o, en términos fotográficos, un paso del zoom al gran angular y viceversa. O, como en Google Maps, voy de mi casa al universo o del universo a mi casa, según me pete. El zoom nos permite descubrir la novedad en lo aparentemente conocido. Aislar un sonido entre la algarabía. Desacostumbrarnos. La costumbre nos hace ver las cosas al por mayor. «Vista una, vistas todas», decimos con una sensibilidad de apisonadora. La venta al detall es lo contrario de la venta a granel. Cada pieza se observa con minuciosidad, como si fuera un objeto maravilloso.

Con frecuencia el filósofo piensa a granel, más que al detall, y en la noche del absoluto acaba viendo pardos todos los gatos. El zoom se opone al *plano medio*, esa media distancia que nos proporciona una visión útil del entorno, pero que amortigua lo peculiar. Etcétera, etcétera, etcétera.

Todo este libro podría entenderse como un zoom sobre el ingenio, pero un zoom puede parecerse a una matrioska y encerrar otros zooms en su interior, o ser como un fractal que repite su geometría a escalas cada vez más pequeñas o más grandes. Uno de los atractivos del ingenio es su capacidad de convertir cualquier cosa en fuente de sorpresa y de interés. Por ello produce una dilatación del ánimo, lo contrario de la angostura de la angustia. Lo mismo hace la poesía, capaz de intensificar un objeto, un gesto, una emoción. *A thing of beauty is a joy forever*, dijo Keats. Joyce habló de *epifanías cotidianas*: «Una súbita manifestación espiritual, descubierta en la vulgaridad del lenguaje y del gesto». Creía que le tocaba al hombre de letras *registrar* esas epifanías con extremo cuidado, puesto que son momentos destacados y evanescentes. Una de sus cualidades, según Joyce, es la *claritas*, la luminosidad, que es también una de las propiedades de la belleza para los filósofos medievales, un término que puede tener relevancia física y expresiva.¹ El gran Borges lo dijo a su manera: «Para un verdadero poeta, cada momento de la vida, cada hecho, debería ser poético, ya que profundamente lo es. Que yo sepa, nadie ha alcanzado hasta hoy esa alta vigilia. Browning y Blake se acercaron más que otro alguno; Whitman se lo propuso, pero sus deliberadas enumeraciones no siempre pasan de catálogos insensibles».²

La filosofía moderna comienza con una pregunta kantiana que todos tenemos que formularnos: ¿cómo tiene que ser

la inteligencia humana para hacer lo que hace? Kant se refería a la ciencia, a la metafísica, a la ética. Era un filósofo solemne y serio. Mi comienzo es más humilde: ¿cómo tiene que ser nuestra inteligencia para producir los frutos del ingenio, la proliferación de ocurrencias, el juego, los esfuerzos inútiles, el despilfarro? ¿Podríamos aprovechar lo que el ingenio nos dice para comprender algo más de la naturaleza humana?

Una de las características del ingenio es su capacidad de descubrirnos una cara distinta de la realidad con una frase, un dibujo, una relación. Serían las *epifanías del ingenio*. Cuando Labiche hace decir a un tribuno engolado: «Dios, por su omnipotencia, es el único ser que tiene derecho a matar a un semejante», está mostrándonos en un flash —que es zoom temporal— una relación cómica. Mi pregunta es: ¿podría haber también *epifanías filosóficas*, es decir, momentos concretos que puedan resultar luminosos vistos desde la filosofía, o que con su luz puedan iluminar el camino de la filosofía?³ Algo parecido a lo que le sucedió a Newton cuando hizo zoom sobre una manzana. Cuenta Lou Andreas-Salomé que un día llegó su amigo Friedrich Nietzsche pálido, como si hubiera sufrido una experiencia tremenda. En efecto, había tenido la visión del «eterno retorno», una idea que desarrollaría a lo largo de su sistema.



Zoom sobre el zoom

Me emociona la *estética zoom*, el primor de lo minúsculo espacial, o de lo minúsculo temporal, que es lo instantáneo. ¿Se han fijado en los reflejos de la luz en un

vaso? ¿O en el perfecto diseño de una flor silvestre? ¿O en los mínimos jardines que brotan en las grietas de los edificios? ¿O en el sabio movimiento con que una mujer se aparta la melena del rostro? ¿O en la gracia patosa del niño que se suelta a andar? He escrito muchas veces sobre estas breves epifanías, intentando ir más allá de la estética zoom para llegar a la filosofía zoom, la que medita sobre acontecimientos pequeños. Tal vez lo que hace tan prodigiosa la experiencia estética es que nos permite entrever un imaginario mundo transfigurado. Cualquier pequeña cosa, la curvatura de la rama de un sauce, el modo como se mueven las hojas de los álamos, los árboles que mejor lo hacen (ya lo dijo el poeta: «De los álamos vengo, madre, de ver cómo los menean el aire»)... todo parece indicar algo más allá de sí mismo. Son una grieta en la roca que permite ver la incandescencia del volcán. La brillantez del mar sugiere una misteriosa elocuencia a la espera de un traductor. Juan de la Cruz escuchó ese «no sé qué» que las cosas quedan balbuciendo. Ortega, que también fue a ratos filósofo zoom, reflexionó sobre el hecho de que nos saludemos dándonos la mano, sobre la existencia de soportales en las plazas antiguas o sobre lo que significa el marco de un cuadro. Bergson dedicó un magnífico libro a estudiar la risa. Y Simone de Beauvoir recordaba el entusiasmo con que Sartre y ella oyeron contar a Raymond Aron, recién llegado de Alemania, que había una filosofía que consideraba importante meditar sobre una taza de café, como la que tenían delante de ellos. Para los interesados en la filosofía, recordaré que se

trataba de la fenomenología de Edmund Husserl, cuyo lema inicial era «ir a las cosas mismas» (sin duda, un zoom), analizar el fenómeno sin contaminarlo con prejuicios, pero que acabó elaborando un sistema filosófico para explicar que la conciencia era la generadora de todo aquello que podíamos conocer o imaginar.⁴

2. ¿PERO QUÉ ES LA FILOSOFÍA?

LA PALABRA *FILOSOFÍA* SE USA CON MÚLTIPLES SIGNIFICADOS, por eso podemos escuchar expresiones como «tómalo con filosofía» o «esta es la filosofía de nuestra empresa de charcutería». En un sentido amplio significa enriquecer conceptualmente nuestro modo de pensar la realidad. Así, podemos decir que es filosofía de calidad la filosofía autobiográfica de Marco Aurelio, san Agustín, Montaigne, Kierkegaard o Nietzsche. Las llamamos *filosofías subjetivas*. Nos presentan su concepción personal del mundo, de manera análoga a como Giotto, Miguel Ángel, el Bosco, Bacon, Van Gogh, Picasso o Hopper muestran su mundo plástico, o Rilke, Eliot, Machado o Neruda, su mundo poético. Son personalidades que han experimentado la realidad a su manera y la han expresado, por eso es fácil hablar del mundo de Kafka o de Dostoievski. Todos están en la realidad, pero han vivido en su mundo, que es irreal. Este desajuste es el que me intriga, el que ha desconcertado la realidad, abriendo las compuertas a alborotadas novedades. El hombre es un ser real que necesita vivir creando irrealidades.⁵



Zoom sobre el mundo de la garrapata

La noción de *mundo* es uno de los descubrimientos más importantes de la filosofía. Cada sujeto genera un mundo intencional en el que vive. Imaginen un grupo de personas esperando un semáforo. Están en la misma realidad, pero cada una de ellas vive en su mundo: tiene distintas preocupaciones, objetivos diferentes, piensa y siente de distinta manera. A eso se refiere la expresión popular «¡Pero ¿en qué mundo vives?!».

Sin duda, hay grandes zonas en que esos mundos se solapan, y por eso podemos entendernos, pero otras en que eso no sucede, por eso nos malinterpretamos con tanta facilidad.

En realidad, el concepto de *mundo* (*Umwelt*) vino de la biología, de la mano de Jakob von Uexküll. Se dio cuenta de que cada especie animal tiene una relación establecida con su entorno, que no puede superar. Es un receptor especializado de la información que le llega de la realidad, y tiene unos sistemas de respuesta regulados. Estudió, entre otros, el mundo de la garrapata, que no es ni muy rico ni muy apasionante. La hembra fecundada trepa a la rama de un arbusto, a la espera de que pase un animal. Puede esperar varios días, varias semanas o varios años. En laboratorio han vivido hasta dieciocho años sin alimentarse ni moverse. No ve ni oye. Si huele la cercanía de un animal, se deja caer sobre él, chupa su sangre y, cuando está suficientemente nutrida, se deja caer en tierra, pone sus huevos y muere. Ese es el mundo de la garrapata.⁶

El mundo humano —en general— es más rico y más variado. Hay muchos modos de construir los mundos personales. En ellos vivimos e inevitablemente los confundimos con la realidad, cuando son tan sólo la construcción que hemos hecho a partir de la información que nos viene de fuera y de los esquemas de interpretación que aplicamos desde dentro.

Ya lo dijeron los medievales: *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*. Lo que se recibe se recibe a la manera del recipiente. El agua adopta la forma del cubo. Eran kantianos *avant la lettre*. Heidegger organizó su metafísica sobre una triple tesis: «La piedra es sin mundo, el animal es pobre de mundo, el hombre es formador de mundo».⁷

A mi juicio, una de las tareas de la filosofía es explicar esa cosmogonía personal, la formación de mundos personales y, también, la posibilidad de que se comuniquen.

3. LA FILOSOFÍA COMO CIENCIA ESTRICTA Y RIGUROSA

LAS FILOSOFÍAS SUBJETIVAS SE LIMITAN A CONTAR EL MUNDO PERSONAL DEL FILÓSOFO. «El punto de vista individual —escribió Ortega— me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad.» «Cada hombre tiene una misión de verdad. Donde está mi pupila no está otra.» Sartre decide hacer zoom sobre un árbol y acaba sintiendo náuseas ante su exuberancia. A pesar de la firmeza de sus opiniones filosóficas, afirmó: «Nunca

he sentido entusiasmo por las verdades objetivas», lo que permite suponer que, o esta observación no era objetiva, o la hacía sin entusiasmo. El punto débil de estas posturas es que esas *verdades* pertenecientes a un mundo personal son privadas, y mantenerse en ellas conduce a la incomunicación de egos hipertrofiados. De Unamuno, un pensador subjetivo, decía Ortega que cuando entraba en una tertulia lanzaba en medio de ella su yo como un ornitorrinco. Pues eso.

Es fácil poner ejemplos de esta imposibilidad de entendimiento entre mundos dispares:

«El hombre es una pasión inútil» (verdad en el mundo de Sartre). «El hombre es imagen de Dios» (verdad en el mundo de Francisco de Asís).

«Lo bello es el comienzo de lo terrible» (verdad en el mundo de Rilke). «La belleza es una promesa de felicidad» (verdad en el mundo de Nietzsche).

«Todos los males de la economía proceden de la falta de regulación» (pensamiento socialista). «Todos los males de la economía proceden del exceso de regulación» (pensamiento neoliberal).

A mi juicio, la tarea de la filosofía es estudiar las diferentes formas en que la inteligencia genera los mundos personales, los distintos tipos de irrealidades que produce, y las relaciones que estos mantienen con la realidad. De esa manera se respeta la aspiración científica de la modernidad y el gusto por la variación de la posmodernidad. Hay muchos mundos interesantes, muchas perspectivas profundas, pero eso no impide que desde otro nivel se pueda elaborar una teoría unificada de los mundos, válida para todos, o una teoría de las perspectivas que no sea perspectivista.



Zoom sobre una noticia de mi archivo

La cultura posmoderna jugó con la pluralidad de verdades. En 1995, Bélgica se conmovió por el asesinato de unos niños. Hubo un enfrentamiento entre un policía, que afirmaba haber enviado un informe al magistrado correspondiente, y el magistrado que aseguraba no haberlo recibido. Menos mal que en *Le Soir* (20-12-1996) apareció Yves Winkin, profesor de la Universidad de Lieja, antropólogo de la comunicación, que nos aclaró lo sucedido: «Antropológicamente —dijo con toda seriedad— no hay más que verdades parciales, compartidas por un número mayor o menor de personas. No hay verdad transcendente. Por lo tanto, no creo que ni el juez ni el policía mientan: ambos dicen su verdad». Salomón fue, desde luego, un aficionado. Kenneth Gergen, un renombrado psicólogo social, en su obra *Realidades y relaciones*⁸ nos da una curiosa versión de lo que debería ser la práctica jurídica. En un tribunal, el juez no puede estar en una posición dominante. Él y el acusado deben intercambiar sus concepciones del mundo.

Tan acomodaticia visión de la verdad produce unas exageraciones que rozan lo cómico o la impostura. Feysabend, un filósofo de la ciencia con mucho predicamento, ha defendido la validez de cada discurso dentro de su ámbito diciendo: «La medicina sólo parece superior a la magia porque los apóstoles de su ciencia fueron decididos conquistadores, y suprimieron físicamente a todos los portadores de culturas alternativas». Ger-

gen tiene que contestar como puede a una pregunta capciosa: si su hijo estuviera enfermo, ¿lo llevaría a un hospital o a un chamán? La respuesta me parece cómica: «Como participante en la cultura occidental, prefiero llevar a mi hijo al médico de mi cultura. Lo haría no porque el saber médico de Occidente sea superior, sino porque participo en relaciones donde los valores occidentales predominan y codifico los acontecimientos como *enfermedad* y *cura* de modo compatible con las prácticas locales». La postura posmoderna sostiene, como Foucault, que «cada sociedad tiene su régimen de verdad, su *política general* de la verdad, es decir, los tipos de discursos que acoge y hace funcionar como verdaderos o falsos, el modo como se sancionan unos y otros, las técnicas y los procedimientos que están valorados para la obtención de la verdad».⁹ Esto puede ser un comentario válido para un antropólogo ingenioso, pero es difícil quedarse en él porque eso supondría admitir que la explicación mitológica de la Vía Láctea —las estrellas son unas gotas de leche que se le escaparon a Juno— es igual de verdadera que la que nos ofrece la astronomía. O que la explicación de la epilepsia como posesión demoníaca es tan valiosa como la explicación que da la neurología.

Esta glorificación de la equivalencia de todos los discursos dio lugar a un divertidísimo episodio de la historia de la ciencia, que han contado los físicos Alan Sokal y Jean Bricmont.¹⁰ Hace unos años, Sokal protagonizó un rocambolesco episodio. Envió a *Social Text*, una revista muy posmoderna, un artículo apabullante titula-

do «Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica». En él se defendía que «el conocimiento científico, lejos de ser objetivo, refleja y codifica las ideologías dominantes y las relaciones de poder de la cultura que lo ha producido; que el discurso de la comunidad científica, a pesar de su innegable valor, no puede pretender un estatuto epistemológico privilegiado respecto a las relaciones contrahegemónicas que emanan de las comunidades disidentes o marginales». El artículo, trufado de sesudísimas citas, acababa reclamando una ciencia liberadora: «Una ciencia liberadora no puede estar completa sin una revisión profunda del canon de las matemáticas. Hasta el momento no existe ninguna matemática emancipatoria y no podemos sospechar cuál será su contenido». La revista *Social Text* aceptó y publicó el texto. ¡Las investigaciones de un físico cuántico daban la razón a los sociólogos de la ciencia que dicen que la verdad es lo que un grupo social decide que es verdad! Pocas semanas después, en la revista *Lingua Franca*, Sokal revelaba que ese artículo era una sarta de disparates escrito con el único propósito de demostrar la ligereza y falta de criterios de los estudios sobre sociología de la cultura.

4. LA FÁBRICA DE IRREALIDADES

COMO VEREMOS, la inteligencia humana es una fabuladora incontinente, cuenta cosas sin parar, inventa relatos, produce mundos. Al principio, todas estas creaciones debieron

de parecer a nuestros lejanos antepasados muy semejantes, pues todas las culturas han tenido dificultad para separar lo real de lo irreal. «Como formas oníricas lo mezclaban todo al azar», dice Platón en el *Protágoras*, y describió el mundo de la caverna como lleno de sombras cambiantes. Poco a poco tuvieron que aprender a distinguir los sueños de la experiencia, la alucinación de la percepción, los deseos de la realidad, la verdad de la fantasía, el mito de la ciencia. Esta tarea debió de ocupar a nuestros antepasados milenios, y hasta ahora no lo hemos conseguido del todo. Carlos Castilla del Pino, en su teoría de alucinación, dice que en ella se da un error en el juicio de realidad.¹¹ Se toma como real lo que no lo es. En la biografía del premio Nobel de economía John Nash, escrita por Sylvia Nasar,¹² he leído la curiosa explicación que Nash —diagnosticado de esquizofrenia paranoide— daba de por qué creía que los alienígenas le habían reclutado para salvar al mundo: «Porque las ideas que tenía sobre esos seres sobrenaturales me llegaron del mismo modo que mis ideas matemáticas. Por eso me las tomé en serio». Es decir, ambas cosas pertenecían a un mismo tipo de aparecer. En las últimas ediciones del DSM (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*), la biblia mundial de la psiquiatría, se advierte que algunas tribus mexicanas durante episodios de duelo experimentan alucinaciones, que no deben considerarse patológicas.

Cuando nuestros antepasados estaban emergiendo de la animalidad, probablemente no distinguían bien las fronteras entre lo real y lo irreal. Los cazadores primitivos que han podido ser estudiados consideran a los animales como semejantes a los hombres, pero dotados de poderes sobrenaturales. Creen que los hombres pueden transformarse en animal, y los espíritus de los muertos pueden

entrar también en ellos. Es posible que se diera el éxtasis chamánico en el Paleolítico. Figuras misteriosas como el «animal-hombre» bailando de la cueva de Trois Frères en Francia, así lo sugieren. La palabra *chamán* procede de la lengua de los evenk, un pequeño grupo siberiano de cazadores y apacentadores de renos, Significa ‘el que sabe’. Vitebsky indica: «Hay similitudes asombrosas, nada fáciles de explicar, entre ideas y prácticas chamánicas de lugares tan distantes como el Ártico, la Amazonia o Borneo». Uno de los atributos que definen al chamán es el fenómeno conocido como «vuelo del alma».¹³ Generalmente, gracias a un «estado de conciencia alterado», el chamán vuela, bien por el paisaje, para localizar animales a los que cazar, bien al mundo superior, al inframundo o al fondo del océano para localizar al señor de los animales con el fin de acordar el precio que se pagará por los que van a matarse. La evolución humana ha provocado el aumento de los lóbulos frontales del cerebro humano, encargados, entre otras cosas, de evaluar las ocurrencias y controlar el comportamiento. Podemos suponer que esta habilidad tardó mucho en conseguirse y, posiblemente, aprendió con terribles métodos. Julian Jaynes sorprendió hace ya cerca de cuarenta años con una hipótesis llamativa: los héroes homéricos no tenían todavía capacidad de reflexión. Eran seres impulsivos. Su mente estaba organizada en dos cámaras separadas. Una —la que he llamado *inteligencia generadora*— era la sede de los deseos, las pasiones, las emociones. La otra —la *inteligencia ejecutiva*— era el campo de acción de una fuerza extraña. «Hubo un tiempo —escribe— en que la naturaleza humana estuvo separada en dos. Una parte ejecutiva llamada un dios, y una parte seguidora, denominada un hombre.»¹⁴ Las voces —aluci-

naciones verbales— que resonaban en su interior eran un sistema social de control. Dodds recordó, en efecto, que los héroes homéricos están movidos por fuerzas que no controlan: Agamenón se justifica de haber robado a Aquiles su favorita como venganza por el robo semejante de Aquiles: «No fui yo la causa de aquella acción, sino Zeus, y mi destino y la Erinia que anda en la oscuridad. Ellos fueron los que en la asamblea pusieron en mi entendimiento fieramente *ate* el día que arbitrariamente arrebaté a Aquiles su premio. ¿Qué podía yo hacer? La divinidad siempre prevalece». El rasgo más característico de la *Odisea* es que sus personajes atribuyen toda suerte de acontecer mental a la intervención de un demonio, dios, dioses. Dodds también pensaba que «la monición interior, o la repentina e inexplicable sensación de poder, o la repentina e inexplicable pérdida de juicio, han sido el germen del que se ha desarrollado la maquinaria divina». ¹⁵

5. EL GRAN CAMBIO

Muchas cosas *deinós* existen, pero ninguna más que el ser humano. Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el pensamiento alado, y la furia constructora de ciudades. Su habilidad para ingeniar recursos excede todo lo que cabría esperar. Ora la dirige al bien, ora hacia el mal.

SÓFOCLES, *Antígona*, 332-375

TODO ESTO ES FRUTO DE LA INTELIGENCIA HUMANA. ¿Por qué se produjo esa situación? A lo largo del libro verán aparecer una expresión que designa bien este proceso: *exuberancia irracional*. Habría que añadir que después,

como antídoto, hubo un deseo de *especialización racional*. Un intento de saber a qué atenerse. Vamos, pues, a asistir a una *gigantomaquia*. Una lucha entre el poder de la invención desatada y el del pensamiento controlado y controlador. ¿Qué dinamismo extraño apareció con el ser humano? Homero llama a Odiseo, ejemplo de héroe moderno, *politropos*, el de las muchas ocurrencias, y los autores griegos posteriores discutieron sobre si era un elogio o una crítica. Sófocles nos considera *deinós*: extraños. Admirables y terribles. Así es la condición humana. Y todo se debió a una habilidad que parecía pequeña, pero que trastocó nuestra manera de estar en la realidad. Ya sabemos que el aleteo de una mariposa en China puede provocar un huracán en el Caribe; pues algo así sucedió a escala humana. ¿Cuál fue ese toque mágico que cambió nuestra evolución?

Nuestros antepasados aprendieron a convertir el estímulo en signo.

Este fue el aleteo de la mariposa. Sin duda esperaban algo más espectacular, por eso voy a explicarles lo que significa. Nuestro zoom sobre el ingenio nos lleva a un zoom sobre este humilde mecanismo prodigioso. Un mecanismo que nos convierte a todos en aprendices de brujo que intentan aprender a controlar sus poderes.



Zoom sobre el significado

Todos los organismos seleccionan los estímulos que le llegan de la realidad. No todos captan los mismos. Los murciélagos, por ejemplo, dirigen su vuelo por el eco

de los ultrasonidos que emiten. En los años cuarenta causó sensación un artículo escrito por cuatro neurólogos que se titulaba: *Lo que el ojo de la rana dice al cerebro de la rana*.¹⁶ Eran sólo cuatro cosas y siempre las mismas. Su sistema visual sólo detecta cuatro tipos de información: contornos oscuros, convexos, que se mueven y que producen cambios en la iluminación. Es decir, que la rana no ve las moscas que se come (es decir, no da ninguna significación a esas sensaciones). De hecho, es incapaz de reconocer las moscas muertas o inmóviles. Le basta lanzar su lengua cuando recibe una precisa configuración lumínica. La sensibilidad animal a todos los niveles está relacionada con la acción. El sistema nervioso o la inteligencia humana, también. Pensamos para actuar. En el animal, la relación entre el estímulo y la acción es directa. Esto es lo que cambia en los humanos. Hemos aprendido a parar la acción del estímulo y a mantenerlo frente a nosotros, convertido en «objeto». El ojo, que es el sentido de la lejanía, es una evolución del tacto, que es el sentido de la proximidad. Hicieron falta millones de años para que unas células se especializaran en detectar la luz y muchos más para que el organismo no reaccionara a lo que la luz le mandaba sino a la representación que su cerebro creaba. A partir de ese momento la representación (el significado, la imagen, el concepto, el noema, es decir, una irrealidad) se convirtió en intermediario entre nosotros y lo real. Y ahí seguimos, creando intermediarios. Y parece que somos incansables productores de intermediarios —cognitivos, religiosos, económicos, políticos.

Les pondré un ejemplo. Porque ver nos resulta tan sencillo, nos cuesta trabajo reconocer la complejidad de tal operación. Levanto los ojos de la pantalla y veo unos hibiscus en flor frente a mí, más lejos una playa, y detrás, el mar brillante. No he hecho nada, mis ojos se han limitado a recibir los mensajes que me trae la luz, los estímulos que desencadenan sensaciones. Los antiguos pensaban que la mirada salía de los ojos, raptaba la realidad y se la traía al interior de la cabeza. Todavía decimos: «Le lanzó una mirada». Huelga decir que no tenían razón, aunque lo parezca. El paisaje que he visto no es un conglomerado de sensaciones, está dotado de significados: hibiscus, playa, mar. Sin percatarme, he sido protagonista de un fenómeno transfigurador, transformador, transductor. Aquí termina la naturaleza y empieza el *mundo*. Sin darnos cuenta, convertimos cada sensación en un significante que nos remite a un significado. Vean el dibujo que hay debajo.



Les habrá sido muy fácil detenerse en la grafía. Es la palabra *árbol* en japonés. Ahora, intenten ver sin leer la siguiente palabra:

ÁRBOL

No podrán. La sensación ha disparado su máquina de producir significados. Pues esa es la situación en que nos encontramos siempre. Lo que tengo frente a mí es una

imagen, sin duda, pero también un significante, y me remite a un significado. No vemos sensaciones, vemos cosas, personas, paisajes. Y es en ese mundo, que emerge de los significados que profiero, donde vivo. Nuestra inteligencia se ha empeñado en hacer que la realidad deje de ser *insignificante*. Para conseguirlo debe precisamente convertir todo en un *significante*. Si recuerdan lo que estudiaron en el bachillerato, sabrán que signo es aquello que nos remite a otra cosa, a la que de alguna manera representa. La bandera es el símbolo de la nación. Las señales de tráfico remiten al código de circulación. Todo signo se compone de un elemento que sirve de vehículo, de percha, de anzuelo, al que llamamos *significante*, que remite a un *significado*, que es un conjunto definido de informaciones relacionadas con aquel. Pescadas en la memoria. Los significantes *chien, dog, perro* tienen el mismo significado: ese cuadrúpedo que ladra, que ustedes aman u odian, que quiere a sus amos y que hace caca en las aceras. Lo que están leyendo ahora es una retahíla de significantes a los que tengo la esperanza de que ustedes les den un significado. Pues bien, la inteligencia humana convierte la realidad entera en un gigantesco repertorio de significantes, a los que puede dar múltiples significados. Recuerdo, como un flash, que hace diez siglos un monje irlandés escribió en el margen del libro que estaba comentando (*Institutiones grammaticae*, de Prisciano de Cesarea) un breve poema:

*The bitter wind is high tonight
It lifts the White locks of the sea,
In such wild Winter storm no fright
Of savage Viking troubles me.*

Para el pobre monje, la fiera tormenta significaba tranquilidad, porque esa furiosa noche impediría que el salvaje vikingo desembarcase para atacarlos.¹⁷

Juguemos a las analogías:

El estímulo es a la respuesta

como la sensación es a la percepción

como el significante es al significado

como el roce de la piel es a la caricia

como el billete es al poder de compra

como un chiste sin comprender es a un chiste comprendido.

6. ¿QUÉ LES ESPERA?

ESTE LIBRO CUENTA LA HISTORIA DE UNA EXPLOSIÓN QUE DIO ORIGEN A LA APARICIÓN DE NUESTRA ESPECIE. Podríamos llamarla «explosión simbólica», «ruptura de los lazos reales», «revolución de los significados». El ingenio, por el que hemos comenzado, no hubiera sido posible sin esa explosión, por eso su genealogía nos ha llevado a ella. El ser humano vive entre signos. Los animales viven entre estímulos. Esta diferencia tan anodina en apariencia ha producido fenómenos expansivos que aún no han terminado.¹⁸



Breve zoom de homenaje literario

A Francisco Umbral por haber escrito: «Paseaba yo al atardecer por la orilla del agua, frente a esas puestas

de sol marinas que la literatura y el arte han estropeado para siempre, porque todo el mundo ha conocido estos espectáculos naturales a través de un cuadro o un poema, antes que en la naturaleza, y así, el poniente nos remite siempre a un poniente literario. El mar y el atardecer son ya una cosa libresca y da una especie de vergüenza interior amarlos. La cultura, segunda naturaleza, pasa así a ser la primera. Se han escrito libros y poemas para evocarnos el mar, y ahora, a la vista del mar, lo único que evocamos es un libro».¹⁹